

### § III.—Lucha entre el cristianismo y la filosofía.

#### N.º 1. — Luciano y Celso.

El cristianismo fué ignorado por los filósofos durante mucho tiempo. Dirigiéndose principalmente á los pobres, á los esclavos, á las mujeres, ¿cómo habia de llamar la atención de los sabios, que casi no se ocupaban de aquellas clases desheredadas, porque las creían incapaces de alcanzar la verdad? La pretendida correspondencia entre San Pablo y Séneca ha sido hace tiempo desechada como una fábula. Cuando las persecuciones dieron á conocer á los filósofos la existencia de los cristianos, no vieron en ellos más que enemigos del Estado ó fanáticos; los condenaron sin enterarse de las creencias en cuya virtud arrostraban la muerte. Plinio condenaba los cristianos al suplicio por el solo motivo de que eran cristianos: «Sea cual fuere, dice, la naturaleza de sus creencias, opino que no se puede dejar de castigarlos por su desobediencia é invencible terquedad.» Marco Aurelio tampoco comprendía el heroísmo de los mártires (1).

Bien pronto aquellos oscuros sectarios invadieron el Imperio romano. Su manera de ser contrastaba demasiado con el paganismo para no llamar la atención de los filósofos; pero, cosa notable, la singularidad de las creencias cristianas fué lo que llamó la atención más que su profundidad. Las primeras armas opuestas al cristianismo fueron las del ridículo. Luciano, al trazar la vida de uno de esos charlatanes que explotan la sociedad bajo la máscara de la filosofía, dice que su héroe estuvo también iniciado en la *admirable sabiduría* de los cristianos. Según Luciano, Peregrino sacó partido de la credulidad de los fieles y de su ciega caridad. El escritor griego reconoce que aquellos sentimientos benéficos, casi desconocidos de los antiguos, eran inspirados á los discípulos de Cristo por la fraternidad; su legislador, dice, los ha persuadido de que son todos hermanos. Pero no comprende la importancia

(1) Lo atribuye á una pura terquedad (*Pensamientos*, XI, 3).

de este dogma, destinado á regenerar la humanidad: «Desprecian los bienes, dice, los hacen comunes, y quedan de este modo á merced del primer impostor que llega» (1). Así, pues, la santa creencia de la unidad del género humano es representada como una debilidad de espíritu, propia para engañar incautos! El cristianismo traía á los hombres la consoladora convicción de la inmortalidad, única capaz de dar valor á nuestra existencia en este mundo: «Los desdichados, exclama Luciano, creen que vivirán siempre; no solamente ansian la muerte, sino que la buscan.»

Hé aquí cómo desfiguraban el cristianismo los sabios del siglo. La ciencia, orgullosa y aristocrática, no comprendía la fe ni las virtudes de los humildes de espíritu. Por esto, el sentimiento que la filosofía experimentaba respecto de la nueva religión no era odio, sino más bien desprecio. Pero cuando el cristianismo anunció la pretensión de reemplazar todas las religiones particulares por una creencia única, los filósofos se admiraron. Presentían que la ciencia antigua sería arrastrada con la sociedad antigua; viendo en el cristianismo un enemigo, le atacaron cuerpo á cuerpo.

El primer filósofo que entró en el terreno de la controversia no nos es conocido más que por la refutación que Orígenes hizo de su crítica. Cuando uno de los grandes pensadores del cristianismo ha creído necesario responder á los ataques de Celso después de su muerte (2), es prueba de que su obra habia producido gran efecto en el mundo pagano. El tono general del filósofo romano es el de la burla, como en los escritores del último siglo; sin embargo, bajo la ironía de la forma se descubren convicciones profundas, casi religiosas. Esta era la tendencia de la filosofía; se aproximaba á la religión, pero trataba de encontrar en sí misma la fe, cuya necesidad sentían los sabios lo mismo que las masas. Celso está imbuido en este espíritu que tanto brilló en la escuela neoplatónica. La idea de la divinidad le posee y le domina: «Nunca, dice, debemos alejarnos de Dios, ni de día, ni de noche, ni en público, ni en secreto, ni al hablar, ni al trabajar; hágase lo que se quiera, el alma debe siempre estar llena del pensamiento

(1) LUCIAN., *De morte Peregrini*, c. 13.

(2) CELSO era contemporáneo de MARCO AURELIO.

de Dios » (1). La filosofía había tenido su mártir: ¿es el recuerdo de la santa muerte de Sócrates el que ha dictado á Celso estas palabras, que no estarían fuera de su lugar en boca de un Padre de la Iglesia? «Si se ordena á un adorador de Dios que haga ó diga cosa contraria á la piedad, no obedecerá por ningun precio; soportará todos los suplicios, sufrirá todos los géneros de muerte ántes que decir ó hacer una cosa indigna de Dios » (2). Este carácter religioso nos reconcilia con el adversario de Cristo; si sus burlones ataques nos ofenden en una materia tan grave, recordáremos que el filósofo persigue en el cristianismo, no á la religion, sino á lo que considera como una práctica supersticiosa, una obra de fraude y de impostura.

El dogma fundamental del cristianismo, la divinidad de Jesucristo, debia parecer extraño á los filósofos. Verdad es que los platónicos enseñaban la existencia de un Verbo de Dios, pero esto para ellos era una concepcion metafísica; no pensaban que el Verbo pudiera hacerse carne: «Jamás, dice Celso, descenderá Dios sobre esta tierra. Dios es la perfeccion absoluta, la esencia de la belleza y del bien. Si se hiciera hombre, tendria que operarse en él una modificacion que no podría ser más que una disminucion de perfeccion, de bondad y de belleza. ¿No es esto el mayor de los absurdos?» La Encarnacion parece á Celso una degradacion de la divinidad: «Si el Sér Supremo quisiera entrar en comunion con los hombres, tomando un cuerpo, ¿necesitaria del impuro receptáculo del vientre de una mujer? Ha formado al primer hombre sin intermedio alguno; ¿no podia y debia crear por sí mismo un cuerpo material para su Hijo? Si el Verbo hubiera venido de los cielos á la tierra, la incredulidad hubiera sido imposible.» El filósofo no comprende tampoco que Dios haya aguardado siglos para hacer su aparicion en este mundo: «¿Por qué ha tomado súbitamente, y como quien sale de un largo sueño, la resolucion de salvar al género humano? ¿Por qué no ha aparecido más que en un pequeño rincón de la tierra? Estas manifestaciones debian multiplicarse para que el universo entero alcanzara su

(1) CELS., ap. ORÍGEN., c. *Cels.*, VIII, 63.

(2) IBID., ap. ORÍGEN., c. *Cels.*, III, 66.

salvacion. Vuestro Hijo de Dios, enviado á la pequeña nacion judaica, se parece al Mercurio de la comedia, que envia Júpiter al despertarse á los Lacedemonios y Atenienses. Estos mensajeros excitan la risa de los espectadores; ¿no sois vosotros igualmente ridículos?» (1).

En sus polémicas con los paganos acerca de la revelacion; los cristianos buscaban apoyo en los libros sagrados de los Hebreos; en las predicciones de la venida de Cristo, de su pasion, de su resurreccion, veian la prueba de su divinidad. Escuchemos la crítica de Celso; es perentoria: «Los Griegos han tenido tambien sus oráculos; hoy os negais á dar crédito á sus respuestas, sin embargo de que las innumerables colonias que bajo su direccion han poblado el mundo demuestran su accion civilizadora. ¿Por qué nosotros hemos de creer en una inspiracion divina de las profecias judías, que son tan oscuras, y á las cuales se puede hacer decir lo que se quiera? Para probar la revelacion, invocais una revelacion anterior, la cual á su vez necesitaria prueba. Estas dos revelaciones, léjos de confirmarse, se destruyen mutuamente; el mosaismo es en todo opuesto al cristianismo. El Verbo de Dios, por boca de Moises, ordena á los Judíos que hagan una guerra sin piedad á sus enemigos, que ocupen la tierra y dominen á las naciones. El mismo Verbo se aparece nuevamente á los Judíos y les da leyes completamente contrarias: *El que ama las riquezas, la dominacion, la gloria, no verá al Padre, ni entrará en el reino de los cielos. Ni los hombres ni los pájaros deben inquietarse por su sustento; deben ocuparse de su vestido ménos que los lirios de los valles. Si te dan un golpe en una mejilla, debes presentar la otra.* ¿Quién se equivoca, Moises ó Jesus? ¿O es que el Padre, al enviar á su Hijo, habia olvidado los mandamientos dados á los Judíos? ¿O es que condena sus propias leyes y que, como prueba de arrepentimiento, envia un nuevo mensajero para enseñar lo contrario de lo que primeramente habia enseñado?» (2).

En todo tiempo el misterio de la encarnacion ha dado á los in-

(1) CELS., ap. ORÍGEN., c. *Cels.*, IV, 14; VI, 73, 78.

(2) IBID., ap. ORÍGEN., c. *Cels.*, VII, 3; VII, 18.

crédulos armas contra el cristianismo. El gran crítico del siglo XVIII no ha escrito sobre el nacimiento de Jesucristo nada más insultante que las acusaciones de Celso: «¿Un Dios nace como un hombre? En este caso debe participar de la condicion general de la especie humana. Sin embargo, le haceis nacer de una virgen. Esta pretendida virgen era la mujer de un carpintero. ¿Fué por su belleza por lo que Dios se unió á ella? En este caso, explíquese cómo el Sér Supremo, esencia espiritual, está sometido á las pasiones del cuerpo. ¡Majaderías! Esta union celeste no impide que la madre de Cristo sea arrojada por su marido como adúltera. Tiene que ocultarse en un miserable albergue, para dar á luz su hijo; despues la miseria le obliga á buscar medios de subsistencia en Egipto. Decis que su hijo es el Hijo de Dios. Si el niño Jesus era Dios, ¿cómo es que se vió obligado á huir á Egipto? ¿Tiene Dios miedo de la muerte? ¿No hubiera hecho mejor Dios Padre en conservar á su Hijo á su lado, en lugar de exponerlo á una fuga vergonzosa?» Celso encuentra explicacion para la permanencia de Jesus en Egipto: «Allí, dice, aprendió vuestro Nazareno las artes mágicas, por medio de las cuales engañó á su regreso á algunos inocentes, y se hizo considerar como Hijo de Dios. Reunió diez ú once hombres perdidos, publicanos, pescadores, recogidos en la hez del pueblo, y llevó con ellos una vida vagabunda y vergonzosa» (1).

La mision divina de Jesucristo parecia demostrada por los numerosos milagros que ilustraron su corta existencia y su muerte. Estos testimonios exteriores eran los que atraian la masa de los fieles al cristianismo. La decadencia de las antiguas religiones y la necesidad de una fe nueva favorecian á la supersticion. Todo el mundo, así los paganos como los cristianos, creia en la realidad de los milagros; pero allí donde los fieles adoraban un signo de Dios, los adversarios del cristianismo no veian más que prestigios, vil producto de una ciencia mágica, al alcance de todos los charlatanes (2).

La santa muerte del Salvador y su resurreccion eran, á los ojos

(1) CELS., *ap.* ORÍGEN., *c. Cels.*, I, 69, 66, 62; II, 46; I, 23, 39.

(2) *IBID.*, *ap.* ORÍGEN., *c. Cels.*, I, 68; II, 48 y sig.

de los cristianos, el coronamiento de una vida divina. Celso no ve en la Pasion más que la sentencia de un criminal vulgar; en su orgullo aristocrático no comprende que un hombre azotado y crucificado inspire otros sentimientos que la aversion y el desprecio: «¿Habrán hecho traicion al Hijo de Dios los mismos que habian vivido con él, los que eran confidentes de su mision? ¿El Hijo de Dios se habrá dejado cargar de cadenas y condenar como un vil criminal? Estos cuentos no se comprenden más que suponiendo que los discípulos de Cristo no creian en su divinidad; si realmente se habia revelado á ellos como Dios, ¿cómo se concibe que uno de ellos haya pensado en renegar de él y el otro en hacerle traicion? Un hombre que conserva sus cinco sentidos, ¿puede renegar de Dios ó venderlo? ¡Qué estupidez! En cuanto á la pretendida resurreccion, es una fábula para engañar á los tontos. No creemos en la bajada á los infiernos de Orfeo, de Protesilao, de Hércules; negamos lo que se cuenta de Zamolxis, de Pitágoras, de Rampsinites. ¿Por qué quereis que admitamos un suceso igualmente increíble? El temblor de tierra y las tinieblas que acompañaron á la muerte de Jesucristo no existen más que en vuestra imaginacion. ¿Quién ha visto á Jesucristo despues de su resurreccion? Una mujer fanática, discípulos cómplices ó engañados, que habrán confundido sus sueños con la realidad, ó que habrán inventado mentiras para alcanzar crédito entre la multitud. Si vuestro Cristo queria dar un testimonio de su divinidad, ¿por qué no se ha aparecido públicamente á sus enemigos, á sus jueces? ¿Por qué no ha llevado á cabo su ascension, cuando estaba clavado en la cruz, á la vista de todo el pueblo?» (1). Celso va más léjos: dice que la resurreccion es una fábula, porque es imposible: «En vano, para salir del paso, alegais la omnipotencia de Dios. ¿No comprendeis que Dios no puede hacer nada contra la naturaleza de las cosas, porque esto sería ponerse en contradiccion consigo mismo?»

La parte profética, milagrosa, de la tradicion cristiana debia repugnar á los filósofos; si su oposicion es brutal en la forma, en el fondo son los precursores de la ciencia moderna. Lo que es difícil

(1) CELS., *ap.* ORÍGEN., *c. Cels.*, II, 9, 55, 63, 68; V, 14.

de comprender es que la moral de Jesucristo haya sido rechazada con el mismo desden. ¿No era la filosofía la que había conducido á la antigüedad hasta los umbrales del cristianismo? ¡Platon, Pitágoras, son, por decirlo así, los primeros Padres de la Iglesia, y sus discípulos atacan encarnizadamente una doctrina en que se encuentra todo lo que hay de bello y de grande en la doctrina de los maestros! Esto consiste en que la filosofía y la religion, áun cuando idénticas en la esencia, se separan por el camino que siguen. Habia ademas en la filosofía antigua una causa particular de oposicion contra el cristianismo. Estaba imbuida en el genio aristocrático que distingue á la antigüedad, al paso que Jesucristo se dirigia á los pobres de espíritu. Es preciso ver con qué soberbio desprecio trata Celso á los cristianos y á sus creencias. El filósofo altera las palabras del Evangelio: «Los cristianos enseñan que la sabiduría es un mal, que la necedad es un bien. No se debe hacer uso de la razon, sino creer; solamente la fe salva. Fieles á la palabra de su maestro, se ve á los discípulos rechazar á los sabios y acoger únicamente á los imbeciles. Escuchemos su predicacion. Que no venga á nosotros ningun sabio, prudente ni inteligente; la ciencia, la sabiduría, la prudencia, están proseritadas. Vengan á nosotros confiadamente todos los ignorantes, necios y tontos..... Esclavos, mujeres, niños, todo lo que hay de más estúpido, más innoble y más vil, esas son vuestras conquistas. Buscáis los aplausos de la clase más ignorante; procedéis como los charlatanes, que huyen de los hombres sabios, para no ser desenmascarados.» El orgullo filosófico se revela en todas las palabras de Celso; desprecia á los hombres rústicos, se desdeña de entrar en discusion con ellos; traza de la humildad cristiana un cuadro que es una verdadera caricatura (1).

Sin embargo, aquellos cristianos tan humildes tenian de la naturaleza humana una idea más elevada que los filósofos; tal vez demasiado elevada. La antigüedad concebía la dignidad del ciudadano, y no la del hombre; el hombre no tenía valor más que como miembro de la ciudad; fuera de ella no era nada. En la era nueva que se abre con el cristianismo, tiene lugar una violenta reaccion

(1) CELS., ap. ORÍGEN., c. *Cels.*, I, 9; III, 18, 44, 50; VIII, 49; VI, 15.

en favor de la personalidad humana. La raza germánica estaba como nutrida de individualismo, y por una divina coincidencia encontró una religion que profesa tan gran respeto á la persona que la conserva eternamente en su identidad, áun corporal, ante el Creador. Celso no comprende la importancia que atribuyen los cristianos á la personalidad humana; cree en la inmortalidad del alma, pero la resurreccion de los cuerpos le parece un absurdo (1). La diferencia de las dos doctrinas consiste en el concepto de la divinidad. El cristianismo asigna al hombre el primer lugar en el mundo: creado á imagen de Dios, el universo entero depende de él. El filósofo pagano pregunta si por ventura el sol y los astros no brillan para la naturaleza entera lo mismo que para nosotros. Esta idea es exacta, pero Celso la exagera; por rebajar la importancia del hombre, le pone casi por bajo de los gusanos de la tierra. Si el cristianismo caía en un error refiriéndolo todo al hombre, la filosofía incurria en otro error mucho mayor, sacrificando el individuo al todo. El Dios que admitía, gobierna el universo, pero no se cuida de los hombres; éstos no figuran más que como elementos del mundo (2). En esta doctrina el individuo desaparece, las naciones desaparecen, la humanidad misma queda absorbida en la naturaleza; no hay ya Providencia; la fatalidad impera.

Tales son los rasgos principales de la primera crítica que la filosofía ha hecho del cristianismo. En el terreno de los mitos, la guía un instinto seguro; sus sentimientos son los de la humanidad moderna. Pero pierde esta ventaja en el terreno de la doctrina. El mundo tenía necesidad de fe. En lugar de reconocer la legitimidad de esta necesidad, reservando los derechos igualmente sagrados del libre exámen, la filosofía atacó á la religion. La religion vió en la filosofía un enemigo. De aquí la lucha á muerte en que sucumbió la sabiduría antigua. Había entre las tendencias de la antigüedad y las del cristianismo una oposicion demasiado considerable para que pudieran armonizarse. La filosofía antigua va á caer en el panteísmo, al ménos en el sentido de que no se cuida

(1) CELS., ap. ORÍGEN., c. *Cels.*, v, 14.

(2) IBID., ap. ORÍGEN., c. *Cels.*, IV, 69, 74 y sig.